

# ¿UN APÓSTOL SIN PARROQUIA?

Muchas son las voces, en este momento, que invitan a un camino nuevo de evangelización sin parroquias. No es sorprendente dada la situación, y lo que se repite tanto acaba por calar y el Espíritu Santo va alumbrando iniciativas para hacerlo posible.



CORO DEL MONASTERIO DE LAS BENELECTINAS DE ALBA

JOSÉ VICENTE GÓMEZ GÓMEZ  
TOMÁS DURÁN SÁNCHEZ  
SACERDOTES DIOCESANOS  
DE SALAMANCA  
23 DE JULIO DE 2023



[WWW.MARCELINOLEGIDO.ES](http://WWW.MARCELINOLEGIDO.ES)



[INFO@MARCELINOLEGIDO.ES](mailto:INFO@MARCELINOLEGIDO.ES)

Hoy vivimos la escasez de sacerdotes y un descenso de la vida cristiana, ambas cosas unidas. Ello lleva a las diócesis, al menos en la nuestra y las cercanas, a ensanchar el territorio pastoral de los párrocos con las Unidades de Pastoral. ¿Es esto una superación ya de la parroquia? Creemos que no. En no pocas ocasiones es ampliar el territorio parroquial para ofrecer los mismos servicios, antes en una sola parroquia y ahora en varias a la vez. Y eso produce mucho agotamiento en los párrocos. Es verdad que en este ensayo se quiere incorporar una misión compartida con los fieles laicos y los hermanos y hermanas de la vida consagrada, que si bien es un avance multiplica las reuniones en las agendas de todos... ¡Seamos prudentes! Tiene aspectos positivos, pero no hay una ruptura con la parroquia territorial y el coste en la vida humana y espiritual de los sacerdotes y demás implicados puede ser grande.

Marcelino Legido, en los años de Alba de Tormes, viviendo en el Monasterio de las Benedictinas, fue un apóstol sin parroquia. No le dieron nombramiento ninguno. Sabemos que caminaba siempre con el Nuevo Testamento en la mano, “descalzo y con el evangelio en la mano”, decía él para mostrar lo que el Señor le sugirió: “volver al modelo apostólico enteramente primero” (San Juan Pablo II). ¿Esto le llevó a no evangelizar y caer en un “espiritualismo” escapista, eclesial y de la vida del mundo? Creemos que no. Es más, lo afirmamos. Resumimos aquí aportaciones tuyas, no como contrapunto a la pastoral de “ampliación territorial” que suponen las Unidades de Pastoral, pero sí de complementariedad y luz nueva para el momento presente.

El Monasterio fue un espacio de liturgia - vivir allí la eucaristía y el año litúrgico -, de oración, de estudio, de acogida, de acompañamiento... Abierto y acogedor para el diálogo espiritual, para el descanso de los que se acercaban, para iluminar el camino pastoral. Tuvo que restringir las visitas. Fue un “compañero de camino” en el pueblo de Alba de Tormes, no digo parroquia. Conocía los barrios y las casas de los humildes, pobres y enfermos. Les sonrió..., y el Monasterio se convirtió en “hospital de campaña” para ellos. Solo entraban a él estos hermanos, para que fueran hermanos de las contemplativas y presencia viva del Señor.

El camino físico a Torrejón de Alba se convirtió en parábola pascual. Él, en una carta suya, resumía así su vida: “¡Tan contentos con la provisionalidad, los sustos de las visitas, la carretera y el canto!”. Lo provisional era por la vida que llevaba, los sustos era por la sorpresa de los hermanos que le visitaban, y la carretera y el canto no necesitan explicación.



**CAMINO DE ALBA DE TORMES A  
TORREJÓN DE ALBA**

Así era su itinerancia. El camino como lugar de encuentro, conversación, escucha, canto, alabanza... Cuando solicitaban hablar con él invitaba a que en la mañana del domingo le acompañaran a vivir “de dos en dos” la experiencia del encuentro de Emaús: caminar hasta Torrejón, para escuchar juntos al Señor, atentos a los latidos del corazón de unos y otros, para que únicamente el Señor les abriese los ojos al partir el pan y les enviase de nuevo a la misión.

¿Cómo entraba en Torrejón? Llevando papeles fotocopiados del evangelio dominical con un dibujo y unas flores. Al llegar al pueblo recorría las calles poniendo en las ventanas de los últimos el texto evangélico referido, la piedra que lo sostenía y una flor, junto con una confesión de fe de su puño y letra. “Los hermanos lo que más desean es una sonrisa; hemos de hacer del evangelio una sonrisa de ternura”, decía. Y los hermanos, claro está, guardan esos papeles.

Nadie conocía como él la intrahistoria de aquella tierra. Las empresas multinacionales que arrancaban la grava de los sedimentos del río; la vida del pastor con el que cruzaba unas palabras; la aventura de los jóvenes -“no hemos conocido a nadie con una sonrisa como él”, confiesan todavía-; el hundimiento del campo; la crisis económica abismal que se avecinaba... El autobús de Alba a Salamanca era una gran escuela de vida para él. Los senegaleses y oros africanos que se paraban en El Encinar, barrio marginal donde vivían; las conversaciones de los padres y madres agobiados porque no llegaban a final de mes; el enfermo de cáncer que volvía de una dura sesión de quimioterapia; la sonrisa de los niños que le hacían escribir una bella poesía del amor del Padre... Todo resonaba en su corazón. Y todo, también hay que decirlo, lo situaba en su contexto filosófico, cultural, social y religioso del tiempo nuevo que seguimos viviendo.

Dos gestos más de este apóstol sin parroquia. Uno, su presencia llena de ternura con los más proscritos de la sociedad, con aquellos que estaban perdidos y señalados: ¡sentía pasión por ellos! “Es de lo que más recordamos de él”, dicen los jóvenes. Con frecuencia pedía la ayuda de estos jóvenes para que esos hermanos se sintieran amados, acogidos y reconocidos. Y otro, su misión en el corazón del mundo: este apóstol, sin territorio geográfico extenso sino muy pequeño, vivía y oraba cada semana del mes en un continente distinto del Mapamundi. Recogía datos, noticias y esperanzas de cada uno de ellos, y se sentía así apóstol en los confines de la Tierra, con su oración profunda por ellos en las entrañas de Cristo. Vivir “aquí como allí, y allí como aquí”, era su lema.



**PLAZA E IGLESIA DE TORREJÓN DE ALBA**

Es verdad, nos cansa cada vez más este “estirar la goma” de unir y unir más y más parroquias para hacer en todas ellas lo mismo, ¡absolutamente lo mismo!, que hacíamos en una o dos. Este camino ensayado por Marcelino nos señala claves preciosas para el momento eclesial y pastoral presente. Un monasterio; una vida de acogida y escucha de los hermanos para referirlos al Señor; gestos sencillos de evangelización, hondos, significativos y desencadenantes de preguntas vitales; un camino físico que posibilita oración, cantos de alabanza, encuentros,...; viajar en transportes públicos escuchando la vida, el palpitar de miradas, los diálogos de la gente trabajadora; análisis, propuestas evangélicas -que pasen a ser culturales- de vida alternativa, sin muchas necesidades; el estudio de la Escritura para hacer luego camino vivo lo que se lee y se ora; abierto a lo universal, a la catolicidad de la misión, a los rincones lejanos de los últimos donde nunca oyeron hablar de Él,... Y esto hecho en un “trozo de tierra” pequeño, convirtiéndose así en parábola para la totalidad. Es un giro pastoral que nos ilumina mucho en esta hora a toda la región de Castilla: la vuelta a la vida apostólica, “volver a las huellas de Jesús”.

Hoy hace siete años (23 de julio 2016) de su travesía pascual a la Casa del Padre. Lo hermoso de este camino que señalamos es que el Señor lo hizo realidad “utilizando” la fragilidad de su vida. Es “un hermano inacabado”, donde por las grietas de su fragilidad física y psíquica el Señor mostró su Gracia, “para que se vea claramente que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros” (2Cor 4,7). El Señor lo purificó asociándolo a la cruz suya, que tanto pidió y le fue concedida “porque es eterna su misericordia”.